

Opinión

## Luis Valls, el banquero discreto

\* *Conviene recordarle ahora cuando vuelve a extenderse un clima de descalificación*



Luis Valls (derecha) junto al exCEO del Popular, Ángel Ron

Rafael Domingo

6:25 - 5/06/2026

COMENTA

Añadir elEconomista en Google

Luis Valls no amaba el dinero, sino el bien que con él podía hacerse". La frase, de un amigo que le conoció bien, resume mejor que ninguna otra cosa quién fue Luis Valls-Taberner, de cuyo nacimiento se cumple estos días el centenario. Durante décadas estuvo al frente del Banco Popular, al que imprimió un estilo inconfundible: banca tradicional, independiente, prudente, volcada en el negocio minorista y muy especialmente en las pymes. Frente a la moda de las jerarquías rígidas, defendió organizaciones más planas, atentas a la responsabilidad personal, a la transparencia y a una rentabilidad sana, no especulativa.

Uno de los gestos que mejor le retratan es prácticamente desconocido. Lo ha contado Alejandro Rojas-Marcos, fundador del Partido Andalucista: en vísperas de las primeras elecciones democráticas, Valls puso en marcha una oficina específicamente concebida para dar crédito a los partidos políticos —incluido el Partido Comunista—, contra el criterio del resto de la banca española. A Rojas-Marcos lo hizo cliente número uno. Aquella decisión, hoy poco recordada, resume su modo de entender las instituciones: financiar la pluralidad democrática como un acto de servicio público y no como una mera operación comercial. En un sector espantado por la legalización del PCE, Valls vio el futuro y obró en consecuencia.

Mi propio recuerdo de él es de otra escala, pero apunta en la misma dirección. Tenía diecinueve años cuando un grupo de amigos universitarios le escribimos pidiéndole ayuda para un proyecto social que queríamos poner en marcha. Éramos, sencillamente, unos estudiantes soñadores: no teníamos más aval que nuestra ilusión. Y, sin embargo, nos contestó concediéndonos la ayuda solicitada. Durante un tiempo pensé, ingenuamente, que el mundo funcionaba así, que bastaba con escribir a una persona importante para obtener escucha. Más tarde comprendí que aquello era una excepción. Lo extraordinario no fue solo que ayudara, sino que se interesara por algo de tan poco peso aparente: el sueño todavía informe de unos jóvenes desconocidos. Hay personas que solo ven los grandes asuntos. Otras ven también lo que empieza, lo que aún no pesa, lo que apenas asoma. [Valls era de estas últimas.](#)

Antonio Gutiérrez le definió como "uno de esos históricos personajes que encarnó la tolerancia de la Transición española". La expresión es justa. Valls perteneció a esa generación que, desde dentro de las instituciones, hizo posible el tránsito hacia la democracia sin aspavientos, sin maximalismos y sin rupturas teatrales. No eran oportunistas, sino posibilistas: capaces de mejorar la realidad que les tocó vivir sin huir de ella ni entregarse a la retórica estéril. **Valls formó parte, además, del Consejo Privado de don Juan de Borbón.**

Conviene recordarle precisamente hoy, cuando vuelve a extenderse un clima público de descalificación sumaria. Encarnó una forma alta de tolerancia en un tiempo de intolerancias, y esa tolerancia no era indiferencia moral ni relativismo perezoso, sino respeto profundo a las personas, también —y sobre todo— en la discrepancia. Tenía principios firmes pero nunca fue sectario. Repelía la corrupción, pero no se dejaba arrastrar por el resentimiento. Era sólido, no áspero.

Detrás de todo ello había un hombre culto. Doctor en Derecho con una tesis sobre La cesión de contratos en el derecho español (1952), profesor de Economía política y Hacienda pública en las universidades de Barcelona y Madrid, lector infatigable. Le interesaban los libros sobre el poder y la prudencia —Maquiavelo en la edición comentada por Napoleón, Gracián, la biografía de Fouché de Stefan Zweig— y, sobre todo, los que explican el auge y la caída de los imperios y de las instituciones. Pero quienes de verdad moldearon su pensamiento empresarial fueron Peter Drucker, padre del management moderno, y el economista canadiense John Kenneth Galbraith, a quienes admiraba profundamente. Escuchaba con especial atención a sus amigos Antonio Millán Puelles y Gonzalo Fernández de la Mora.

A esa formación se sumaban convicciones religiosas profundas como católico y miembro del Opus Dei, que supo integrar en su modo de trabajar sin convertirlas jamás en coartada de superioridad ni en herramienta de imposición. Las vivía con naturalidad y respeto. Le daban solidez, no rigidez; profundidad, no fanatismo. Eran cimiento de una conducta, no argumento de dominio.

La entidad que dirigió ya no existe. El legado de Valls, sí. Y por eso recordarle hoy no es nostalgia, sino llamamiento exigente: a recuperar una idea verdadera del liderazgo, a volver a poner a la persona en el centro de la vida económica, a entender que la empresa no se sostiene solo con técnica, sino también con carácter. Con humanidad. Y a reconocer que, a veces, el verdadero poder no consiste en hacerse notar, sino en ocultarse para que otros brillen.